



**Editorial**  
•UNIMAGDALENA•

# **Yo cuento mi territorio**

**Clinton Ramírez Contreras  
Jorge Mario Ortega Iglesias  
Compiladores**

Colección Humanidades y Artes  
Serie: Literatura y Estudios Literarios

*Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia*

Yo cuento mi territorio / compiladores, Clinton Ramírez Contreras, Jorge Mario Ortega Iglesias.  
-- Primera edición. -- Santa Marta : Editorial Unimagdalena, 2022.

1 recurso en línea : archivo de texto. -- (Humanidades y artes. Literatura y Estudios Literarios)

ISBN 978-958-746-561-7 (pdf) -- 978-958-746-562-4 (e-pub)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI - Colecciones 2. Caribe (Región, Colombia) - Vida social y costumbres - Cuentos I. Ramírez Contreras, Clinton, 1962-, compilador II. Ortega Iglesias, Jorge Mario, compilador

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1047480

Primera edición, octubre de 2022

2022 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena

Carrera 32 n.º 22-08

Edificio de Innovación y Emprendimiento

(57 - 605) 4381000 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

[editorial@unimagdalena.edu.co](mailto:editorial@unimagdalena.edu.co)

<https://editorial.unimagdalena.edu.co/>

Colección Humanidades y Artes, serie: Literatura y Estudios Literarios

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro

Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Mario Ortega Iglesias

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora

Diagramación: Eduard Hernández Rodríguez

Diseño de portada: Orlando Javier Contreras Cantillo

Corrección de estilo: Diva Marcela Piamba Tulcan

Santa Marta, Colombia, 2022

ISBN: 978-958-746-561-7 (pdf)

ISBN: 978-958-746-562-4 (epub)

DOI: [10.21676/9789587465617](https://doi.org/10.21676/9789587465617)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa o digital del presente libro, de manera total o parcial, así como su distribución, difusión o comunicación pública (puesta a disposición) en medio impreso o digital de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé de la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

## **Tabla de contenido**

<b>Imaginar para escribir el territorio.....</b>	<b>5</b>
--	----------

### **Cuentos cortos**

Por dos unidades .....	10
Vicente Polo .....	14
Treta .....	20
Bariónica - Hadrónica - Positrónico.....	24
La niña que quería ser wayuu .....	34
Desconectada.....	38
Ritual de pubertad de una Majajüt.....	43
Un sueño extraño .....	49
En aquel patio .....	55
El hombre de las mil y una palabras .....	59
Cincuenta .....	64
La niña que peinaba el sol .....	70
El origen del sonido .....	76
Maldición de sapo .....	82

### **Microcuentos**

Alma rota.....	87
La casa amarilla .....	90

## **Imaginar para escribir el territorio**

Los cuentos y microcuentos de *Yo cuento mi territorio* son producto del taller que todos los años realizamos en el marco de la Feria Internacional del Libro, las Artes y la Cultura de Santa Marta, y que está dirigido a docentes, egresados, personal administrativo y pensionados de la Universidad del Magdalena.

Los relatos corresponden al taller del 2021, desarrollado virtualmente debido a la pandemia de la Covid-19. Este tuvo como propósito contar historias en las que los territorios Caribe y del Magdalena fueran elementos presentes y distintivos, no para exaltar motivos mediáticos o folclóricos, sino para evidenciar el uso artístico de nuestra diversa cultura territorial, cuya presencia y composición es igual de significativa al interior de la Universidad.

El resultado es satisfactorio por el número de relatos y su calidad indudable. Este último aspecto es más significativo debido a que algunos de los talleristas dan sus primeros pasos en este género tan estricto y caprichoso, que exige de sus adoradores las virtudes de la intensidad, la precisión y la gracia poética: todas unidas para revelar algo que probablemente siempre ha estado allí, delante de todos.

El libro está dividido en dos partes. Una primera está compuesta por 14 cuentos cortos, y una segunda, por dos microcuentos. Los temas son tan diversos como distintos son sus espacios vivenciales. El mar, el río, la Sierra Nevada, la ciudad, los mitos ancestrales, la vida cotidiana indígena, las aspiraciones de hombres, mujeres y niños son los motivos de los relatos en los que los sueños y las frustraciones van de las manos con los espacios culturales involucrados. Incluso, hay un texto de ciencia ficción que explota la conjectura de una realidad en la que la vida juega de otra manera sus cartas. Fieles a la docilidad de las etiquetas, podemos señalar que, en las páginas que siguen, los lectores encontrarán relatos diversos por sus motivos, sus extensiones, sus estilos y por la naturaleza de sus ficciones: realistas la mayoría, fantásticos otros y uno de anticipación científica.

Esta muestra de relatos escritos en una semana confirma, además de distintas poéticas, el alza del cuento en el país y la región. Digamos finalmente que los textos escogidos se acompañan de una muestra significativa de bellas fotografías de paisajes, físicos y culturales, de la región y el departamento del Magdalena: ecosistemas estratégicos del territorio como la Sierra Nevada de Santa Marta, el río Magdalena, la zona Marino-Costera y la Ciénaga Grande de Santa Marta, territorios que siempre tienen algo que enseñar cuando el arte de la creación juega limpio en sus búsquedas constantes.

Este libro ratifica la apuesta que la Universidad hace al promocionar el cuento y asegurar su difusión. Ojalá que esta sea replicada en otros ámbitos de la región

y el país, porque el género, de los más importantes en la historia de la ficción colombiana, merece un destino mejor que al que lo condenan las casas editoriales comerciales: una paradoja sobre la que siempre vale volver los sentidos.

## **Cuentos cortos**



Fotografía: Luisa Fernanda Ramírez.

## **Por dos unidades**

Martha Inés Herrera Velásquez<sup>1</sup>

Y allí estaba ella, Anais, una niña de seis años, sentada en su salón de clase contando a sus compañeros y su maestra lo que le había ocurrido en la tarde anterior.

—Cuando regresé del cole vi tan atareada a mi mamá haciendo los paquetes de promoción de la tienda y atendiendo a los compradores que decidí ayudarla; e hice unos cuantos paquetes que puse en el exhibidor de promociones.

Mi mami continuó vendiendo e incluso vendió algunos paquetes de los que puse en la vitrina. Mamá estaba feliz con mi colaboración, me abrazó y me agradeció, pero el abrazo fue interrumpido por una señora que gritaba enfurecida:

—Ana, me parece el colmo que promociones docenas y me entregues decenas. ¡Ajá, mira tú eso! Me viste cara de tonta, ¿me piensas tumbar dos unidades de pan?

---

1. Estudiante de posgrado, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Magdalena.

—Cálmate, no sé de qué me hablas; cógela suave —respondió mi mami, un tanto contrariada.

En ese momento entró otra señora reclamando:

—Eche, Ana, en mi paquete no había 12 huevos, solo venían 10. ¿Qué pasó? Me faltan dos huevos; no me vas a tumbar, me completas mi docena. No entiendo por qué haces esto si siempre te he comprado los víveres. ¡Mandas cáscara!

Me asusté tanto que me escondí tras el mostrador al ver que se armó la pelotera por dos unidades.

Mamá, muy desconcertada por lo ocurrido, trataba de calmar a las señoras y de aclarar lo que había pasado con sus docenas de promoción. Rápidamente echó un vistazo a los otros paquetes y vio que todos los paquetes que hice tenían solo 10 unidades y no las 12 de la docena.

—Ah, ya sé —dijo mamá.

Entonces reaccioné, salí de atrás del mostrador y con voz entrecortada exclamé:

—Señoras, esos paquetes los empaqué para ayudar a mi mami. Fue mi culpa. A mis docenas les faltan dos unidades.

Mira tú que, por falta de conocimiento matemático, se formó tremenda garrotera.



Pueblos palafíticos de la Ciénaga Grande de Santa Marta  
Fotografía: Pedro Noguera.



Fotografía: Pedro Noguera.

## **Vicente Polo**

María Angélica del Mar Mendoza Manotas<sup>2</sup>

Pedro Fernández, funcionario de la Aduana de Santa Marta, se decidió a abrir, luego de pensarlo, el expediente de Vicente Polo. Revisó con gran detenimiento la documentación que allí reposaba. Entre multas, oficios de cobros y avisos aduaneros, descubrió que el proceso del comerciante tenía unas connotaciones diferentes al resto de deudores.

—Vaya joya —se dijo—. 1827 no pinta bien.

Siguió la revisión algo abatido. A los cuarenta años, veinte de ellos entre los archivos de la oficina de la aduana, la vista empezaba a fallarle y las piernas a pesarle.

A medida que avanzaba en la lectura, pasaba de la incredulidad al asombro. En un momento, puso su mano en la boca y, abriendo con estruendo los ojos, se enteró de que Vicente Polo no era un comerciante más de Pivijay, vendedor de queso y ganado vacuno: Vicente no pagaba los impuestos.

---

2. Docente, Facultad de Humanidades, Universidad del Magdalena.

Las acusaciones de los funcionarios de aduanas e incluso las de los mismos habitantes de la plaza revelaban «los malos procederes del deudor». Muchas eran las notas enviadas al jefe de aduanas, incluso al gobernador de la Provincia, pero una en particular, que estaba firmada por doña Catalina de Iglesias, llamó su atención. Leyó sin moverse de su silla, inclinado sobre el voluminoso expediente:

*A ese hombre deben expulsarlo de esta plaza, su comportamiento da mala imagen. Más si no cumple con su deber de pagar los impuestos y asistir a misa cada domingo. No es un hombre en el cual podamos confiar. Pido a usted, señor Gobernador, haga justicia y tome partida de estos eventos...*

*Firmado: Dios guie a vosotros. Doña Catalina de Iglesias.*

Las palabras de doña Catalina lo dejaron perplejo porque cada vez comprobaba una ligera sospecha.

En una de las anotaciones que Pedro revisó se dejaba expuesto que, tras la visita de cobro, Vicente Polo se encontraba en estado de ebriedad y no lograba sostener conversación alguna. El estado de aquel hombre había dejado sin palabras a la comunidad y a los funcionarios que fueron a recaudar la deuda. No le quedaba dudas: Vicente Polo era un hombre muy particular y con reputación quebrada.

Cada detalle para Pedro era aún más revelador. Se trataba de alguien que, además de no pagar, tenía el vi-

cio del alcohol, causaba malestar, habladurías y especulaciones entre los habitantes de Pivijay. Así, cada tarde al asomarse el resplandor, era cita casi obligada de las bocas de las viejas chismosas del pueblo; en esas juntas no había distinción entre las cotorras que gritaban en los árboles o sus rajadoras conversaciones.

Pedro también vio las anotaciones hechas por parte de Vicente Polo y que se registraron en las visitas de cobro, como respuestas al no pago de los impuestos. Pedro pensó:

—¿Qué dirá Vicente? Esto cada vez más me deja sin palabras.

Leyendo la nota de Vicente, encontró:

*No tengo dinero suficiente para poder pagar mis deudas y, en cuanto pueda reunir, me pongo al día con las obligaciones. Si me han visto también ejerciendo comercio en la plaza de Cartagena, además de la de Pivijay, es porque de mis recursos y esfuerzo puedo desplazarme; yo pagaré, pero necesito un plazo más.*

Pero Pedro, entre más revisaba, se dio cuenta de que estas palabras de justificación no bastaron para Vicente Polo, porque las cobranzas y quejas aumentaban conforme pasaba la hoja de cada expediente. Decía con suspiro:

—Tremendo caso el de Vicente. No pienso quedarme con esta intensa duda.

El asombro de Pedro sirvió para que armara viaje a Pivijay y constatara con los moradores este episodio tan penoso. Una mañana de agosto llegó Pedro a Pi-

vijay y se entrevistó con algunos vecinos de la plaza, buscando más pistas de Vicente. Para él este hombre tenía algo diferente al resto de los deudores. En estas consultas encontró a un anciano llamado Francisco, de esos viejitos del pueblo reservados y claros en sus opiniones, quien le comentó que a Vicente Polo lo habían visto en Mompos, con otras vestimentas, al parecer ocultando su identidad.

En efecto, Vicente había escapado del pueblo, y desde eso nada más se supo.

Pedro, aún más consternado por el escape de Vicente, sentado en una banca del parque escribió una carta a un amigo suyo que vive en Mompos, pidiéndole detalles sobre un comerciante recientemente avistado en esa villa. Era importante la respuesta de aquella carta, puesto que Vicente Polo, a quien describía en esas líneas y probablemente ahora con otro nombre y aspecto físico, podría tratarse de un pariente suyo, un tío con el cual nunca tuvo contacto o por lo menos no recuerda. Según su mamá, y debido a las descripciones, podría tratarse de este comerciante.

Hoy todavía espera alguna respuesta del amigo momposino, pero, como sabemos, el correo puede tardar innumerables semanas. Sin embargo, Pedro piensa seriamente en ir a Mompos y ya organizó un nuevo viaje. Cuadró los días, los costos y las balsas que pueden acercarlo a un nuevo indicio, un capítulo más que quiere avanzar, y guarda la esperanza de corroborar si Vicente Polo, el deudor y molesto borracho de Pivijay, en efecto es su tío.



Ciénaga Grande de Santa Marta  
Fotografía: Jorge Elías Caro.



Fotografía: Leonardo Millán.

## Treta

Gustavo Adolfo Candanoza Cuesta<sup>3</sup>

Lograron intrigarme. Recurriendo a argumentos, mamá decía una cosa y papá otra. Ella, por su parte, poseía un inusual donaire. Su voz era capaz de flotar en el aire por mucho tiempo —a veces creo escucharla y me hace mucho bien—. Él era bueno para contar chistes, sacar cuentas, llamar la atención de todos.

Escuché la palabra en un programa de radio. Esa misma noche les pregunté. Se miraron como pocas veces lo hacían. Y aunque papá fue el primero en responder, mamá replicó:

—Es un fabulista. Cuando aprendas, podrás leer las fábulas que escribió y comprobarás. ¿Vas a creerle a un hombre que enciende la grabadora en la cocina para escuchar un partido de fútbol que ve por la televisión?

Esa extraña conducta me llamaba mucho la atención. Solo me resultaba graciosa cuando el equipo

---

3. Egresado, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Magdalena.

de fútbol del que era hincha papá resultaba victorioso. Con el tiempo comprendí que encendía la grabadora para escuchar la narración de Manolo, un relator que le daba buena suerte a su equipo de fútbol.

—Fue un futbolista —insistía papá—. Tu mamá confunde las cosas, tiene muchas historias en la cabeza.

Me mostró un recorte de periódico donde aparecía el personaje.

—Mira, esta es su foto y aquí está su nombre. Si supieras leer lo comprobarías tú mismo.

Días atrás, ambos me habían dicho que en el colegio viviría un montón de experiencias y aprendería muchas cosas.

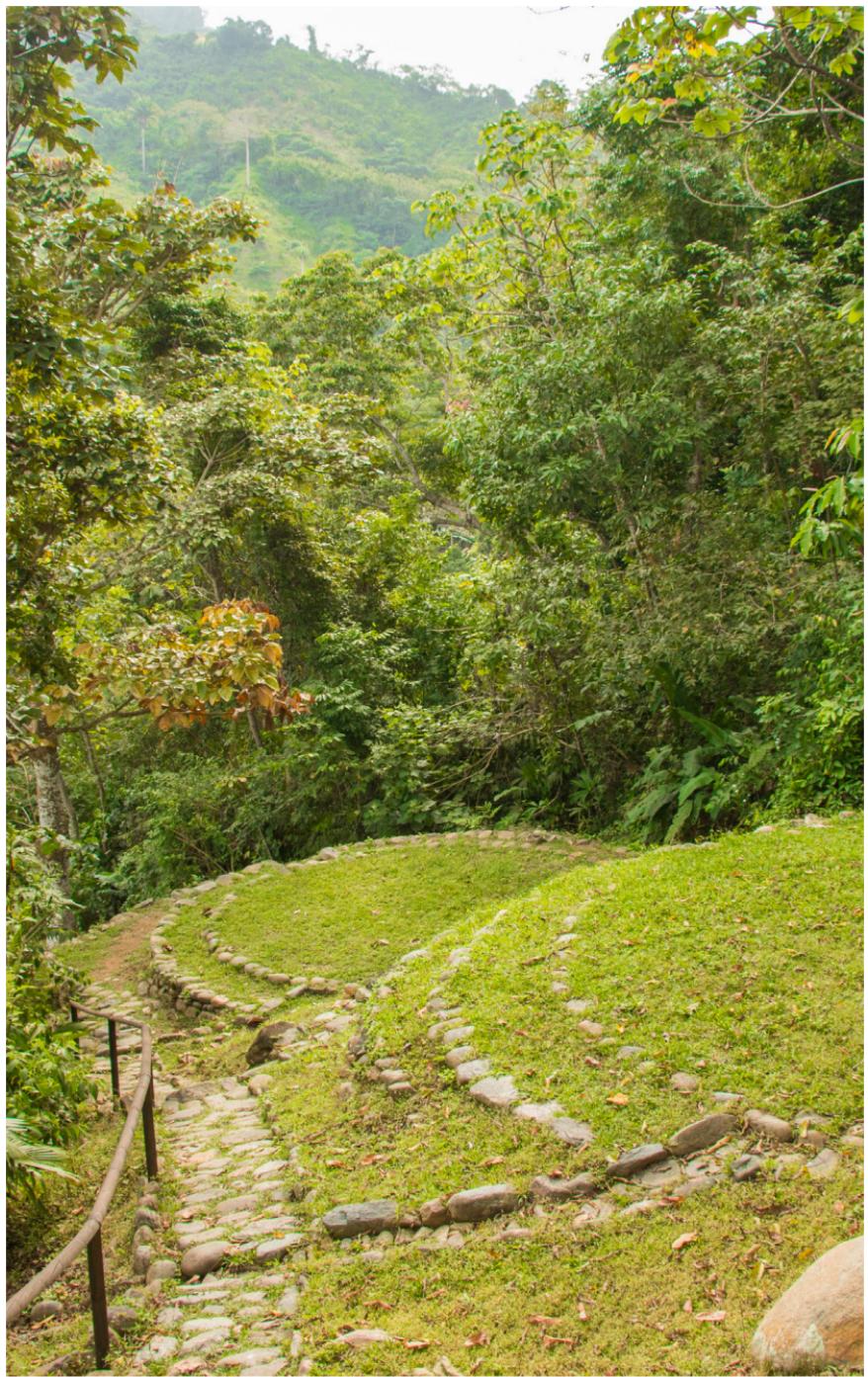
—De una fábula podemos aprender una moraleja. Ahora se sabe de la existencia del personaje no por una fotografía, sino por lo que escribió. La palabra escrita es capaz de conservar la memoria —argumentaba mamá.

En el colegio, mientras jugaba, al ir a dormir... todo el tiempo el asunto daba vueltas en mi cabeza. ¿Era probable que ambos tuvieran razón? ¡Tenía que averiguarlo!

Papá insistía en que Samaniego era un futbolista paraguayo que había salido campeón con el Unión Magdalena, mientras mamá argumentaba que era un fabulista español.



Pueblos palafíticos de la Ciénaga Grande de Santa Marta  
Fotografía: Jorge Elías Caro.



Fotografía: Jairo Cáceres.

## **Bariónica - Hadrónica - Positrónico**

José Henry Escobar Acosta<sup>4</sup>

En Tiefoba, cuando se cumple la mayoría de edad, 30 años de vida, todos sus habitantes deben presentarse ante el Consejo de Eminencias Académicas y Científicas (consejo de ancianos) y sustentar un proyecto que redunde en el crecimiento y la proyección de su territorio y el planeta. A esta cita la llaman el inicio de la primavera. A quien no presenta propuesta lo dejan 30 años más en tierra.

Esperando turno para presentarse ante los sabios, aunque no llevan nada preparado, Positrónico le dice a Bariónica: propongámosles a los ancianos una *terraformación*, o sea, generar condiciones de vida en un planeta parecido al nuestro, pero más grande y que está en una galaxia paralela a la nuestra, que conoce de sus condiciones para generar vida.

—¿Para qué sería esto? —pregunta Hadrónica.

—Bueno esto sería para trasladar a todas nuestras generaciones vagas; observaríamos su compor-

---

4. Docente, Facultad de Ciencias Básicas, Universidad del Magdalena.

tamiento en medio de otras condiciones y evaluaríamos sus reacciones —argumenta Positrónico.

—Listo, Okinawa —dice Bariónica.

Ella organiza las ideas y brevemente le da forma al proyecto que es presentado ante los sabios, quienes escuchan la propuesta y la objetan, aduciendo que esa roca podría ser bombardeada por basura cósmica que circula.

—Una de las tareas sería colocar una barrera como defensa —manifiesta Bariónica.

—¿Tendríamos que colocarle una pantalla y forrarla? —preguntan los sabios.

—¡Sencillo! La solución consiste en colocar una piedra pequeña que gire alrededor de ella y así la protección de los escombros más grandes. —Inmediatamente saltan las ideas de Positrónico.

—Además de los escombros grandes, tenemos numerosas partículas cargadas y muy energéticas que pueden destruir todo tipo de vida. Ese planeta no tiene atmósfera, esa piedra permanece congelada casi todo el tiempo, la radiación ultravioleta que llega del fondo del cosmos es otro peligro mortal. —Los ancianos contraatanan con más interrogantes.

—Respetados señores, la idea es que, para evitar el congelamiento, tendríamos que inclinar la Tierra de su posición vertical hasta lograr la inclinación apropiada y usar la energía interna de la tierra para desatar la actividad de los volcanes. Así crearíamos la atmósfera terrestre y generaríamos dos cinturones: uno magnético, que se encargará de las partículas cargadas, y otro de

ozono, que nos proteja de la radiación UV. Con esto los seres vivos colonizarían con éxito la tierra —responde Hadrónica.

—¿Y para qué nos serviría ese peñasco? —preguntan los sabios.

—Respetados señores, la idea es sembrar, en esa *terraformación*, a las personas poco productivas que tenemos acá y ponerles condiciones específicas a ver cómo sería su conducta. Esa sería una alternativa de un espacio propio para cuando nuestro planeta colapse —responde Hadrónica.

Los miembros del consejo se miran entre sorprendidos y entusiasmados.

—Bueno, está bien —dicen los sabios—, no perdemos nada con probar. Además, ya tenemos muchas personas deambulando. Qué tal que logremos con tecnología construir un ser humano que transmita emociones y que pueda pensar con amor y amar con sabiduría... ¡ser un ser humano!

—¿Cuál sería el idioma para monitorearlos y comunicarnos con ellos? —pregunta un miembro del consejo.

—Las matemáticas y la música —responde el grupo.

—APROBADO, Okinawa.

Una vez aprobado el proyecto, se dio inicio a la *terraformación*, etapa un poco larga y complicada que requirió de mucha tecnología e inventiva, pero que se llevó a cabo sin mayores contratiempos. Con la *terraformación* completa, estos tres exploradores creyeron estar listos para la primera siembra de seres vivos. Hadrónica, antes de iniciar, decidió hacer un piloto con

animales y plantas para evaluar las condiciones iniciales, pero resultó que estos animalillos crecieron como monstruos y dieron origen a animales gigantes. Ante este problema, Hadrónica propuso extinguirlos de la faz de la tierra.

—¿Cómo? —preguntó Bariónica.

—Enviando un meteorito gigante que genere una gran explosión y los elimine —dijo Positrónico.

Esta situación retrasó el proyecto. Entonces, se propuso que la primera siembra se hiciera en otro proyecto presentado por otro grupo y que ya estaba listo. Su planeta tenía todas las condiciones para mantener la vida, pues existía una atmósfera ideal. Este era un planeta vecino que se caracterizaba por su color rojizo..., pero cuando el proyecto iba prosperando se dieron cuenta de que este planeta sería embestido por un cometa y destruiría toda su atmósfera, por lo que fue necesario que sacaran a estos seres y los replantaran en otro lugar.

—¿En dónde? —preguntan los ancianos sabios.

—En la tierra que acabamos de terraformar —exclaman al unísono Hadrónica, Bariónica y Positrónico. —Okinawa.

Una vez reinstalados los vecinos rojizos en la tierra, Positrónico creó un sistema de vigilancia para monitorearlos sin que ellos supieran y, bajo la observación continua, ayudarlos a sobrevivir. Con esa ayuda se originaron grandes construcciones y monumentos como obeliscos, líneas que concentran gran energía, además de muchos dibujos y arte alegórico; esta ayuda terminó

convirtiendo a estos seres en idólatras, creyendo que todo lo que les ocurría venía del cielo.

Agotado el tiempo acordado para el experimento y con menos resultados de los esperados, se presentaron los amigos ante los sabios ancianos para exponer resultados. Su exposición se puede resumir así: «si es posible la vida en la tierra, pero con la ayuda de los obas (gentilicio de los de Tiefoba)». Los sabios escucharon las explicaciones y los logros alcanzados en esta primera siembra y consideraron que era necesario una resiembra, pues no se había logrado construir con tecnología un ser humano que fuera humano, que era el objetivo inicial.

—Bueno —replica Positrónico.

—Estos nuevos seres van a encontrar todo construido, eso no tiene mérito —dice Bariónica.

Los ancianos explicaron que el nuevo propósito era que los seres vivos encontraran la explicación de lo que ya estaba construido y, a partir de ello, y suministrándoles la información necesaria, pudieran evolucionar a la siguiente escala. Lo que no sabían Hadrónica y Bariónica es que el propósito de esta permanencia en la tierra ya no era ese, porque Positrónico y los ancianos, en sus exploraciones de sus bases submarinas, habían descubierto una molécula que era indispensable para seguir disfrutando de su longevidad y que decidieron ocultarlo de sus amigas para mantenerlas entusiasmadas con construir un ser humano que fuera más humano.

Al iniciar esta nueva etapa, Positrónico, buscando novedad y variedad en los resultados de comportamiento de los terrícolas, decidió cambios en sus fisonomías y sus cerebros, incluyendo a los animales. Solo había que desatar todo el potencial en los cerebros de algunos y bloquear este potencial en otros. De esta manera comenzaron a aparecer pájaros y peces, seres geniales, líderes del bien y del mal, artistas fabulosos y también un líder hacedor de milagros, perdonador y bondadoso, para contrarrestar toda la maldad y las injusticias que se estaban viviendo. Bariónica, ante este revuelo de milagros e injusticias, decidió bajar a la tierra y dejar un mensaje de amor y tranquilidad, pero con su aspecto transparente, casi como un ser de luz, generó más confusión en tres resembrados que se habían dedicado a pastorear. Positrónico, por su parte, se dedicó a recoger evidencias de crecimiento y para ello creó bases de observación en islas que aparecían y desaparecían, mientras formaban una triangulación para capturar todo lo que paseara por allí; eso generaba pánico y terror. Hadrónica, como encargada de extraer la información de los cerebros brillantes y malvados (los conocimientos acumulados se extraían en forma de ondas electromagnéticas y se guardaban en las «electromemoris», que son análogas a las bibliotecas terrícolas, pero sin libros), en una de estas tareas cometió una imprudencia: al extraer la información de una de las mentes brillantes, no se dio cuenta de que el cuerpo estaba siendo vigilado y, cuando se ge-

neró el flujo de ondas en forma de luz, los vigilantes creyeron que el ser había resucitado.

Ante tantos errores y commoción se decidió, por parte de los ancianos, monitorear la evolución desde naves a distancia, enviando mensajes musicales y claves numéricas en círculos de cultivos. Algunos mensajes habían sido entendidos por algunos de los seres privilegiados y esto les había permitido grandes avances en desarrollos tecnológicos, pero en la parte humana nada. Estos terrícolas habían desarrollado un egoísmo incomprensible, privilegiaban el desarrollo individual al desarrollo del conjunto, generaban barreras limítrofes y no permitían pasar a los hambrientos a pesar de que les sobrara comida, esclavizaban a los más pobres y amasaban grandes fortunas sobre la sangre de los esclavos, no permitían el acceso a las medicinas a pesar de las pandemias, lo que condenaba a la muerte a muchas personas. Las ansias de poder nublaban el entendimiento y la razón: eran capaces de matar por él.

«Es urgente que recojamos estos seres; da miedo la generación que está próxima a tomar el mando de la tierra». Este fue el informe y la solicitud que presentó Bariónica ante los ancianos sabios, quienes la escucharon de manera respetuosa y dieron su aprobación: darían por terminado el proyecto.

—Porque, además, —comentó uno de ellos— pronto se desatará una guerra con otros mundos que han descubierto nuestro secreto.

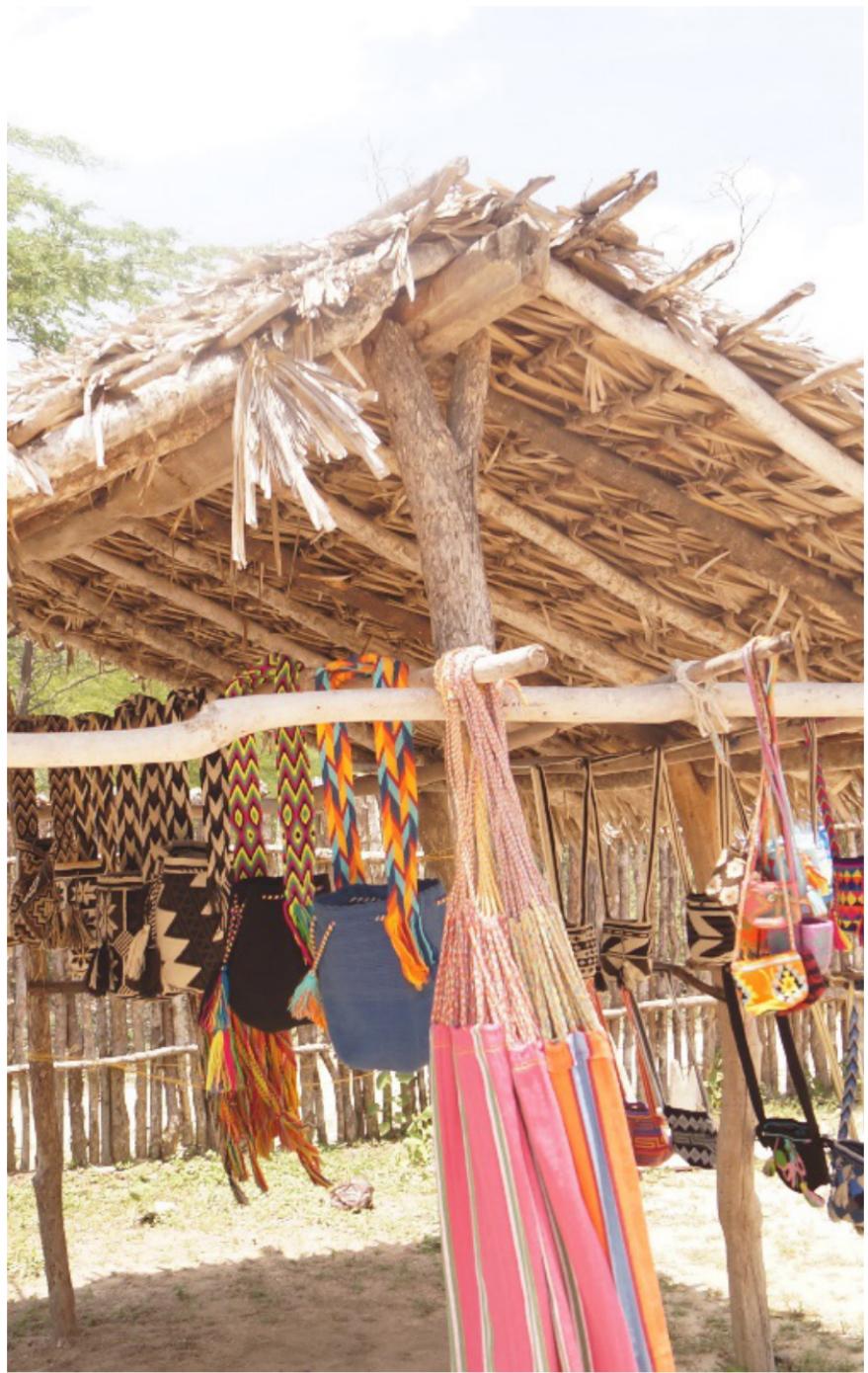
—¿Secreto? ¿Cuál secreto? —preguntaron intrigadas Hadrónica y Bariónica, mirando a Positrónico quien casi explota al cambiar de color.

El anciano sabio les informó del descubrimiento, en el fondo del océano, de un mar de leche cósmica que contenía la molécula que era la materia prima del elixir de la vida y que ellos la habían venido explotando desde el inicio del proyecto, pero que seres de otros mundos la habían descubierto y querían apoderarse de ella.

—¿Lo sabías? —preguntó Bariónica mirando a Positrónico— ¡Maldito! Nos traicionaste, nos engañaste.



Pueblos palafíticos de la Ciénaga Grande de Santa Marta  
Fotografía: Luis Eduardo Mejía.



Fotografía: Jorge Elías Caro.

## **La niña que quería ser wayuu**

Lina Marcela Martes Castro<sup>5</sup>

Ese lunes de septiembre había escuchado decir a mi hermana, mientras soplaban las velas de cumpleaños, «quiero ser una niña wayuu». Tenía solo once años, unos grandes ojos azules, su cabello color oro, como solía decirle la abuela, y una piel blanca como si fuese «cachaca».

Ella era oriunda de acá, de donde el viento levanta el polvorín y a las mamás les toca barrer varias veces al día. De acá de donde el solazo no falta y la lluvia llega de año en año. De acá donde no tenemos carro, sino que se chifla al mototaxi que nos cobra dos mil pesos. Hablo de La Guajira y exactamente del municipio de Maicao.

Pensaba que papá con un regaño le quitaría esas tonterías de la cabeza, pero me equivoqué. Sin darme cuenta, la complacieron en uno más de sus caprichos y de repente los dos estábamos haciendo maletas para ir a la casa de la comadre en una ranchería a dos horas de distancia. Por más que lloré

---

5. Egresada, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad del Magdalena.

y busqué doscientas excusas para no ir, mi mamá se limitó a decir: «eres su hermano mayor, debes cuidarla». Eso significaba que por un deseo de Isabel yo me privaría de jugar Play<sup>6</sup>, dejaría de visitar a mis amigos y dejaría de ir a la escuela durante un mes.

Entonces llegamos al lugar. Dos señoras nos cargaron las maletas y una de ellas se llevó a Isabel. Necesitaba saber a dónde; había prometido no dejarla sola. Miré que la sentaban, le entregaban una bola de colores y una aguja como para coser un pantalón de gigantes, mientras yo me quedaba solo, afuera, agotado por el viaje y aburrido por los sacrificios que había tenido que hacer.

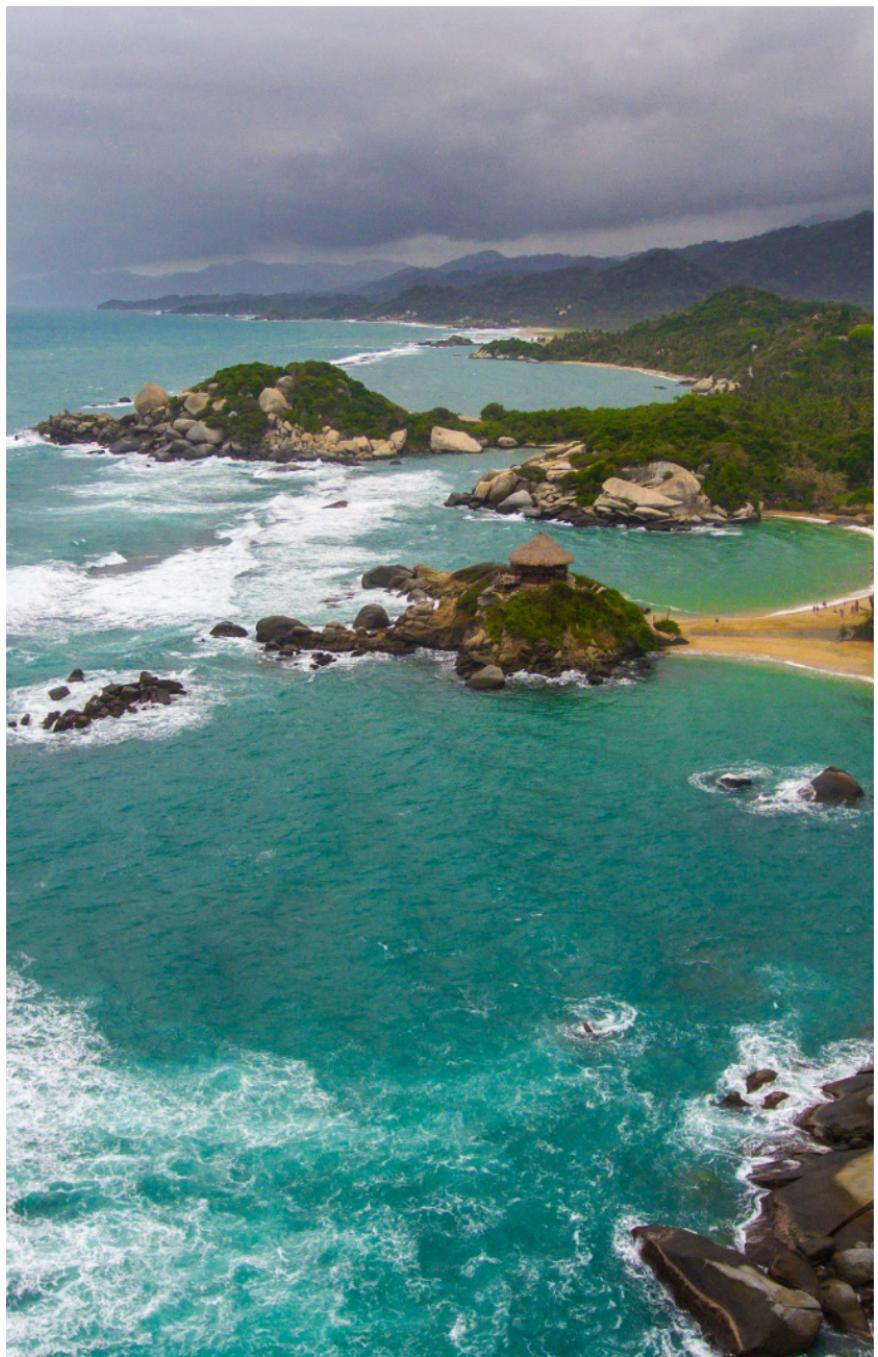
A la mañana siguiente me levantaron para salir a pastorear chivos. Aún con mi inconformidad a cuestas, hice la tarea. Eso no era más que perseguirlos con un palo y evitar extraviarlos. De lejos divisé a Isabel con una ropa diferente a la que trajo: tenía puesto un trapo rojo y en la cara tenía unas marcas hechas del mismo color; aún no entendía qué era lo gracioso de todo esto.

Al volver, Isabel estaba en la cocina con las mujeres, le estaban enseñando a preparar un *friche*. Ella se limitaba a seguir órdenes; estaba siempre sonriente; se imaginaba que pronto, al cumplir los desafíos, su cabello de rizos de oro se convertiría en uno liso y negro como la de las wayuu.

Al final, yo tenía mis manos llenas de ampollas y veía contenta a mi hermana practicando un baile que ellos hacían. Estaba riendo al son de unos tambores y de otros niños que daban la vuelta corriendo para que no los pisara.

---

6. Se refiere a la consola PlayStation.



Cabo San Juan del Guía. Zona Marino-Costera  
Fotografia: Jairo Cáceres.



Fotografía: Juan José Martínez.

## **Desconectada**

Andrea del Rosario García Flórez<sup>7</sup>

Esa calurosa mañana en Santa Marta, Erlinda se encontraba en la sala de orientación escolar. Al lado suyo estaban sus padres. La madre decía a los presentes:

—¡Su comportamiento ha cambiado, casi no sale de casa y se la pasa pegada al computador! ¿Qué está pasando? ¿Será que se está drogando?

Los presentes en la sala escuchaban atentamente.

—Nosotros pensamos lo mismo —respondió la directora de la escuela.

Erlinda, desde su puesto de acusada, no podía dar crédito a lo que decían. ¿Cómo era posible que sus padres pensaran que ella consumía drogas? Ellos debían estar seguros de la buena educación que le habían impartido desde muy niña. ¡Y los profesores! ¡Por Dios!, ¿no se supone que la conocían desde el preescolar?, ¿qué opinión entonces tenían de ella?

---

7. Docente CREO, Facultad de Ciencias Empresariales y Económicas, Universidad del Magdalena.

—¡Erlinda! Dinos, por favor, ¿qué te ocurre? —dijo la mamá.

—Sí, cuéntanos! Estamos aquí para escucharte. Entenderemos todo lo que te pasa y buscaremos una solución a tu problema. Puedes confiar en nosotros —decía la directora.

Erlinda decidió ser sincera. Les pidió que la escucharan, que no la interrumpieran y, tratando de buscar las palabras adecuadas, hizo el relato de su aventura.

Todo comenzó el día en el que la centella cayó en el Morro. Sentí una energía por todo mi cuerpo y, sin querer, presioné la tecla Enter... y eso fue todo. Estaba dentro de mi computadora y podía ir a cualquier lugar que quisiera: archivos, documentos, carpetas, programas. Estaba en la red y podía estar horas en *Facebook*, *Instagram*, *YouTube*, *Tiktok* y demás, sin que nadie me molestara. Ahora puedo repetirlo varias veces, cuando quiera. Eso es lo que pasa.

Los padres, la directora y los docentes estaban sorprendidos y seguros de que el problema era más grave, pues aparentemente Erlinda no solamente estaba consumiendo drogas, sino que le habían hecho un daño casi que irreparable en su cerebro. Ya no era capaz de diferenciar la realidad de la fantasía.

—Hay que tomar cartas en el asunto inmediatamente —dijo la directora.

—Totalmente de acuerdo —respondieron los padres de Erlinda.

La directora entregó a los padres una carpeta con información de un lugar confiable y adecuado para que

ingresaran a Erlinda. Allí recibiría el tratamiento apropiado para su problema.

Erlinda, al ver lo que ocurría, trató de explicar toda la situación, pero entendió que sería en vano su esfuerzo. Dijo a sus padres:

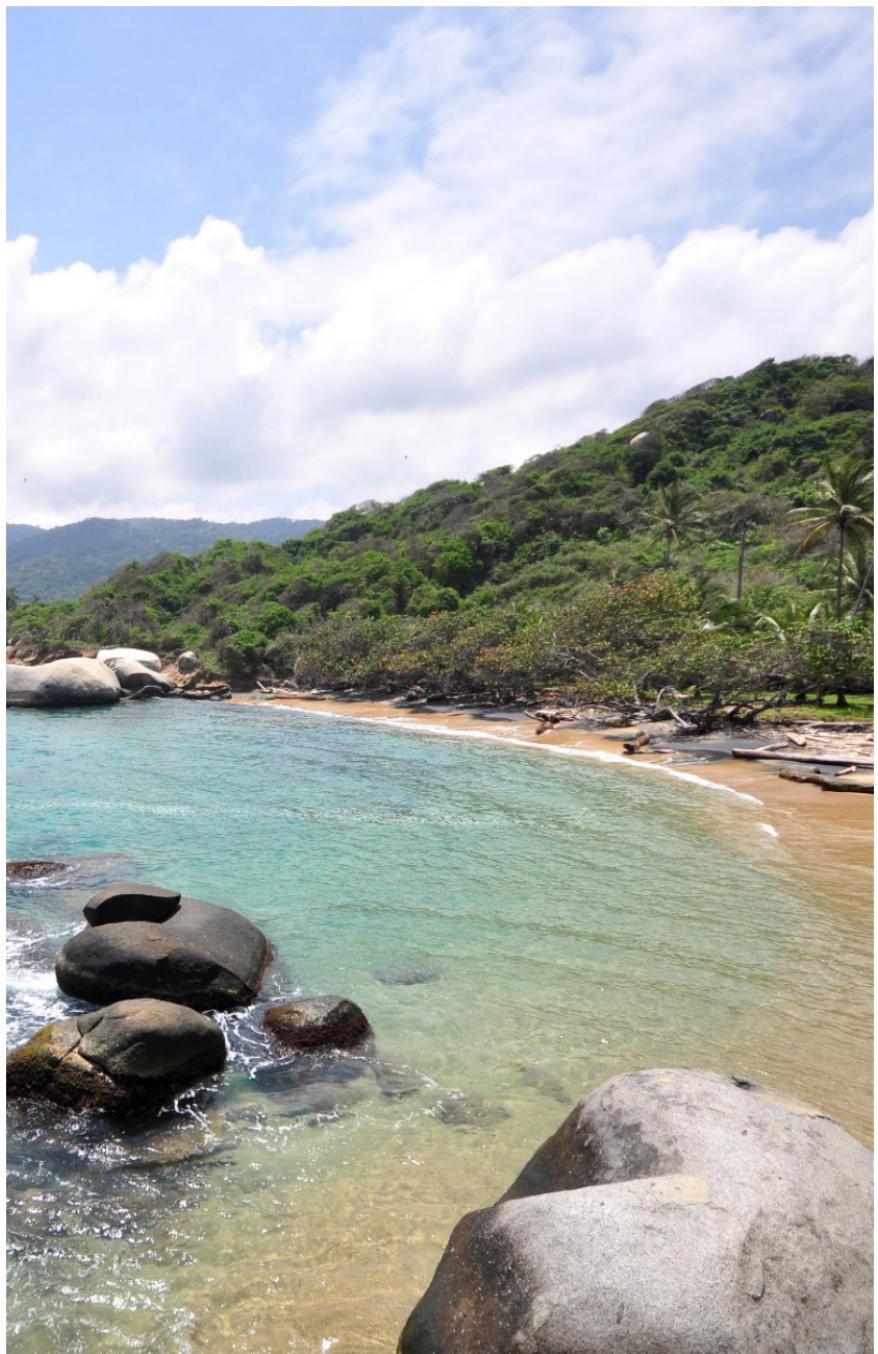
—Me llevan a casa, por favor; después iremos a donde ustedes quieran.

Ya en casa, a solas en su cuarto, Erlinda prendió su computadora y presionó la tecla Enter. Pronto estuvo en Word y empezó a escribir:

*Queridos papi y mami:*

*En el mundo real nadie me comprende. Me quedare aquí, donde me siento muy bien. No se preocupen, voy a ser feliz; por ahora, me desconecto.*

*Los amo mucho, Erlinda.*



Zona Marino-Costera  
Fotografía: Jorge Elías Caro.



Fotografía: Jorge Elías Caro.

## Ritual de pubertad de una Majajüt

Padys Patricia Puertas Villar<sup>8</sup>

*A mi princesa, Nahomi Mabel Mejía Puertas.*

Una hermosa mañana de verano y sol radiante, Jasay descubrió su primera menstruación.

Ese día recordó los frecuentes paseos que desde los ocho años había compartido con su abuela Tita; los días de recolección, cuando el paisaje pintado de colores y con aromas frutales les permitía disfrutar de las cerezas, las grosellas, los higos y los marañones. Jasay le preguntaba a su abuela ¿Cómo has crecido tanto? Y esta, sin más qué decir por el momento, le respondía «algún día serás como yo».

El jaguey cercano a un molino de viento era el lugar ideal para lavar sus mantas y cargar el agua en tinajas para llevar a casa, especialmente para el aseo personal. En los momentos en que se bañaban juntas, Tita hacía comentarios sobre los cuidados que debía tener al bañarse si se encontraban otras per-

---

8. Egresada, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad del Magdalena.

sonas en el jaguey, especialmente hombres: cosas como esperar su turno, regresar a casa o ir cuando todo estuviese en silencio.

Ita, como le llamaba cariñosamente Jasay a su abuela, en su cuidado de preparar a su nieta en su transición de niña a doncella decía cosas como «algún día te vas a convertir en alguien». Todos estos mensajes incitaban a Jasay a cuestionarse y hacerle muchas preguntas. Por momentos no entendía por qué durante mucho tiempo ella hacía comentarios respecto de su persona, pues le hacía sentir enfado y le causaba un poco de temor pensar en su futuro. En esos momentos se preguntaba ¿Qué pasará conmigo?

Evidentemente los cambios corporales no se hicieron esperar: los botones mamarios tomaron su protagonismo y aparecieron, las guaireñas que con tanto amor le había tejido su madre ya no le calzaban, el vello corporal comenzó a causar molestias y los cambios de humor hacían sus jugarretas.

Con 11 años, un día, malhumorada, le dijo a su abuela que no quería salir de paseo con ella. Tita, sabiendo que Jasay había comenzado a comprender todo, con dulzura la invitó a hacer un recorrido de su territorio en busca de leña para mantener encendido el fogón. En ese paseo, Tita dijo *jimot* (has cambiado). Jasay, apenada, exploró su cuerpo y se dio cuenta cuánto había cambiado desde el primer paseo con su abuela.

Una tarde, pensando en todo cuanto venían compartiendo juntas, recordó algunos de sus consejos: «No debes saltar en una sola pata porque te crecerá un seno

más que el otro», «no puedes jugar con muñecas, cuando estés grande entenderás por qué no pueden ser tomadas como hijas».

Su padre le construyó un pequeño telar para sus tejidos y Tita, al montar el suyo, le pidió que la acompañara a tejer. Mientras Jasay observaba, le dijo que el día que tuviera su primera menstruación no lo podía ocultar, que debía decírselo a su madre, quien era la persona más apropiada. Habiendo terminado el chinchorro que estaba tejiendo, le regaló muchos hilos de variados colores para que hiciera uno en su pequeño telar.

Con 12 años, una mañana veranera, Jasay salió con su burro a recoger calabacines. Allí se dio cuenta de que el momento había llegado. Apresuradamente, regresó a su ranchería. Asustada y apenada, no se atrevía a contárselo a su madre; finalmente tuvo el valor y le contó de la manera más rápida posible. Su madre la abrazó y le dio un beso. Posteriormente, llegó Tita llena de alegría al descubrir que Jasay había seguido todos sus consejos. La pequeña doncella lloraba sabiendo que había llegado un momento muy importante, quizás, en su opinión, no tanto para ella, pero sí para su familia.

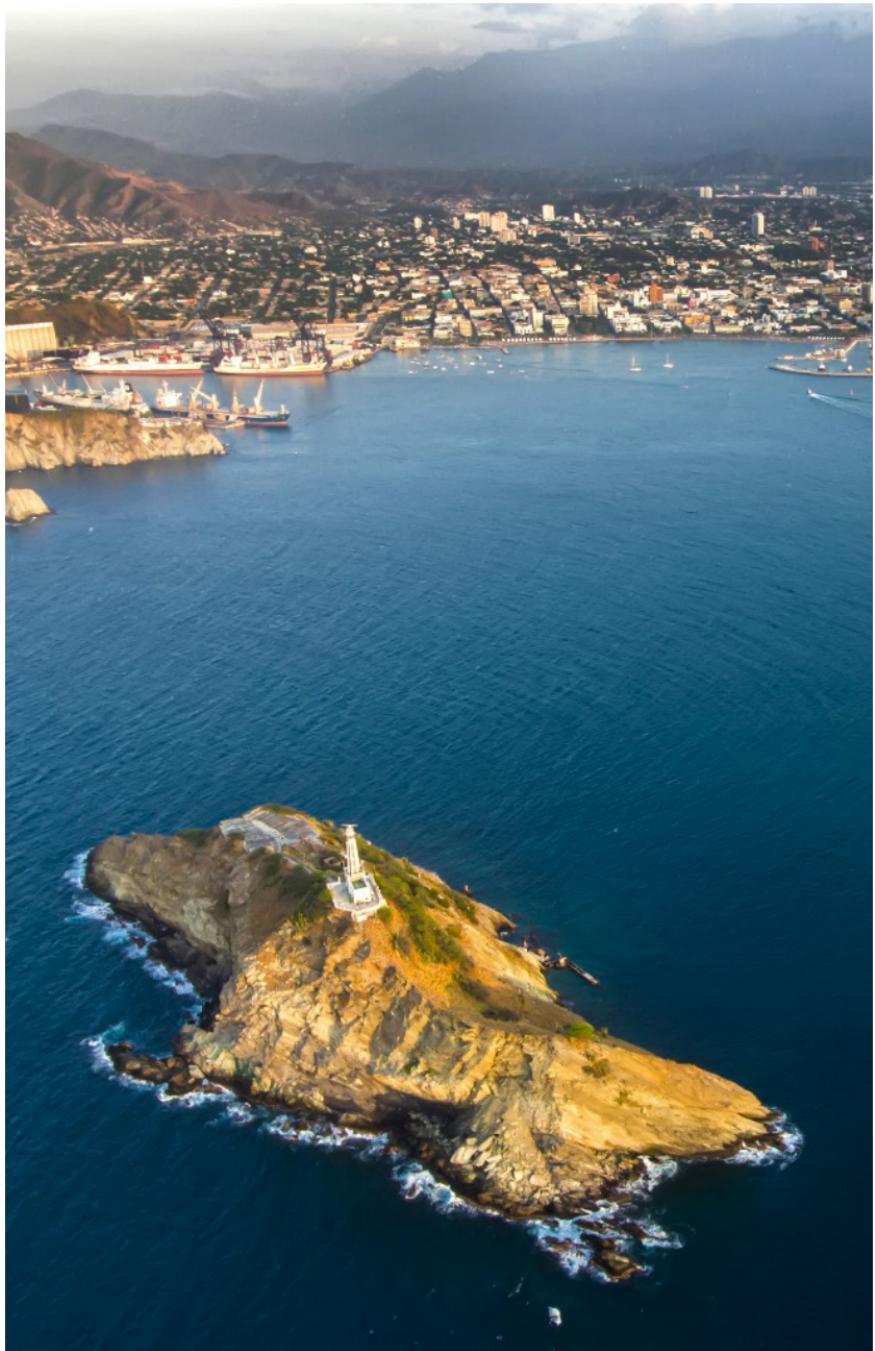
El ritual (*sutapaulu*, el encierro) que desde sus ancestros estaba preparado para Jasay, se inició en la noche con un cielo estrellado. Su madre colgó un chinchorro y la acostó en él, lo elevó hacia el techo diciéndole que debía permanecer muy tranquila porque su cuerpo estaba cambiando debido al sangrado que había llegado. Durante el ritual, la doncella fue alimentada con mazamorra y chicha; también recibía bebidas

medicinales. Durante su encierro recibió tres baños al día y uno de Luna, que es un baño en la madrugada, pues para los wayuu el frío ayuda a sacar las impurezas y los malos pensamientos.

Durante el ritual Majajüt, Jasay recibió educación sobre las labores del hogar por parte de Tita, su madre y sus tías. Su cabello fue cortado.

En el ardiente y árido desierto de la península de La Guajira, al norte de Colombia, vive asentada la etnia wayuu, organizada aproximadamente en 30 clanes: Pushaina, Ipuana, Uriana, Epieyú, Ulewana, Jinnu, Sijona, Worworiyú, Arpushana, Epinayú, Warpushana, Jarariyú, Zaplana, Wouriyú, Pipishana, Uriyú, Pausayú, Jasayú, Urariyú, Toctouyú, Uchayar'u.

Ancestralmente, los wayuu se han dedicado a la caza, la pesca, la agricultura y especialmente al pastoreo. Cada clan posee un hierro con su símbolo clanil. Los chivos son cuidados en rebaños y si la tierra es buena se benefician de ella arando una huerta en la que siembran patilla, melón, pepino, auyama, maíz, yuca y fríjol. Sus riquezas y poderío están representadas en joyas, ganado, textiles y artesanías.



Morro de la Bahía de Santa Marta. Zona Marino-Costera  
Fotografía: Jairo Cáceres.



Fotografía: Jorge Elías Caro.

## **Un sueño extraño**

Leidy Carolina Herrera Villalobos<sup>9</sup>

—Ayer tuve un sueño extraño —dijo el hombre mientras se levantaba de su cama.

—Dime, de pronto nos podemos ganar la lotería —dijo su mujer.

—Estaba en el mar y miraba el atardecer.

—¿Y?

—Pues que ya llevo dos días soñando lo mismo.

—Yo nunca me acuerdo de los sueños. Es una señal divina.

—Ahora que lo dices, mi papá, una semana antes de morir, decía que tenía el mismo sueño.

—Bueno, no seas exagerado. De pronto el Divino Niño quiere que nos ganemos la lotería.

—Mujer no seas tonta, no me estás escuchando. Mi papá se murió porque lo mató un sueño.

—Repíteme el sueño.

—Estaba yo en el mar y miraba el atardecer.

—Tengo un libro para adivinar los sueños.

---

9. Egresada, Facultad de Ciencias Empresariales y Económicas, Universidad del Magdalena.

La consorte comenzó a buscar en las páginas.

—Mar es como soñar con agua.

—Mar es mar, mujer.

Rápidamente anotó en una hoja 01.

—¿Y atardecer, no lo vas a buscar?

—No significa nada.

A la mañana siguiente la mujer dejó dormir un poco más al marido.

—¡Carajo! Mira la hora, ¿por qué no me llamaste?

—¿Qué soñaste?

—Ya se me hizo tarde, después teuento.

—No. Enseguida, porque después se te olvida.

—Soñé que estaba en el mar mirando el atardecer y vi un muelle, caminé y había una lancha.

Ella cogió de nuevo el libro.

—Lancha es barco. Escribió 53.

—¿Y el muelle?

—No significa nada.

—Pero tiene que significar algo.

—Yo soy la que adivina sueños.

El marido llegó cansado del trabajo.

—No veo nada en el fogón.

—Tienes que dormir más. Son las siete de la noche y, si mis cálculos son exactos, podrás llegar hasta el final del sueño.

—Te estás volviendo loca.

Malhumorado, el varón se acostó con las tripas rugiendo. El hombre se despertó a las siete de la noche del día siguiente.

—¿Qué hora es?

—Son las siete de la noche.

—¡No joda! Dormí un día completo; me van a echar del trabajo.

—Yo llamé y dije que estás enfermo.

—Me voy a quedar sin trabajo y los sueños no dan para comer.

En su desesperación, la mujer espetó:

—Dime qué soñaste de una vez por todas.

—Dame primero la comida.

—No.

—Estaba en el mar, miraba el atardecer. Vi un muelle, caminé y había una lancha. Me monté y la lancha quedó en medio del océano. Unos peces saltaron en mi barca y se convirtieron en oro.

—Oro es dinero. Con caligrafía firme puso en la hoja el número 32.

—¿Y los peces?

—No significan nada.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Yo soy la experta.

La esposa le sirvió pescado, yuca, suero y jugo de corozo. El hombre devoró todo en dos mordiscos y se quedó dormido, no por la llenura, sino porque su mujer había machacado unas pastillas para dormir y las había metido en el jugo.

Pasaron dos días y el hombre no despertaba. La mujer preocupada comenzó a llamarlo.

—Fortunato, despierta. ¡Fortunato!

Ella le golpeó el pecho tres veces y Fortunato vomitó agua y expiró. La mujer buscaba desesperadamente una palabra.

—Muerto, no. Muerto que habla, no. ¡Ya sé! AHO-GADO. Transcribió el número 58.

Salió disparada como volador sin palo y fue a buscar a una vendedora de chance que ponía el puesto en la esquina de su casa.

—Buenos días. Quiero anotar la bolita.

—Dígame el número.

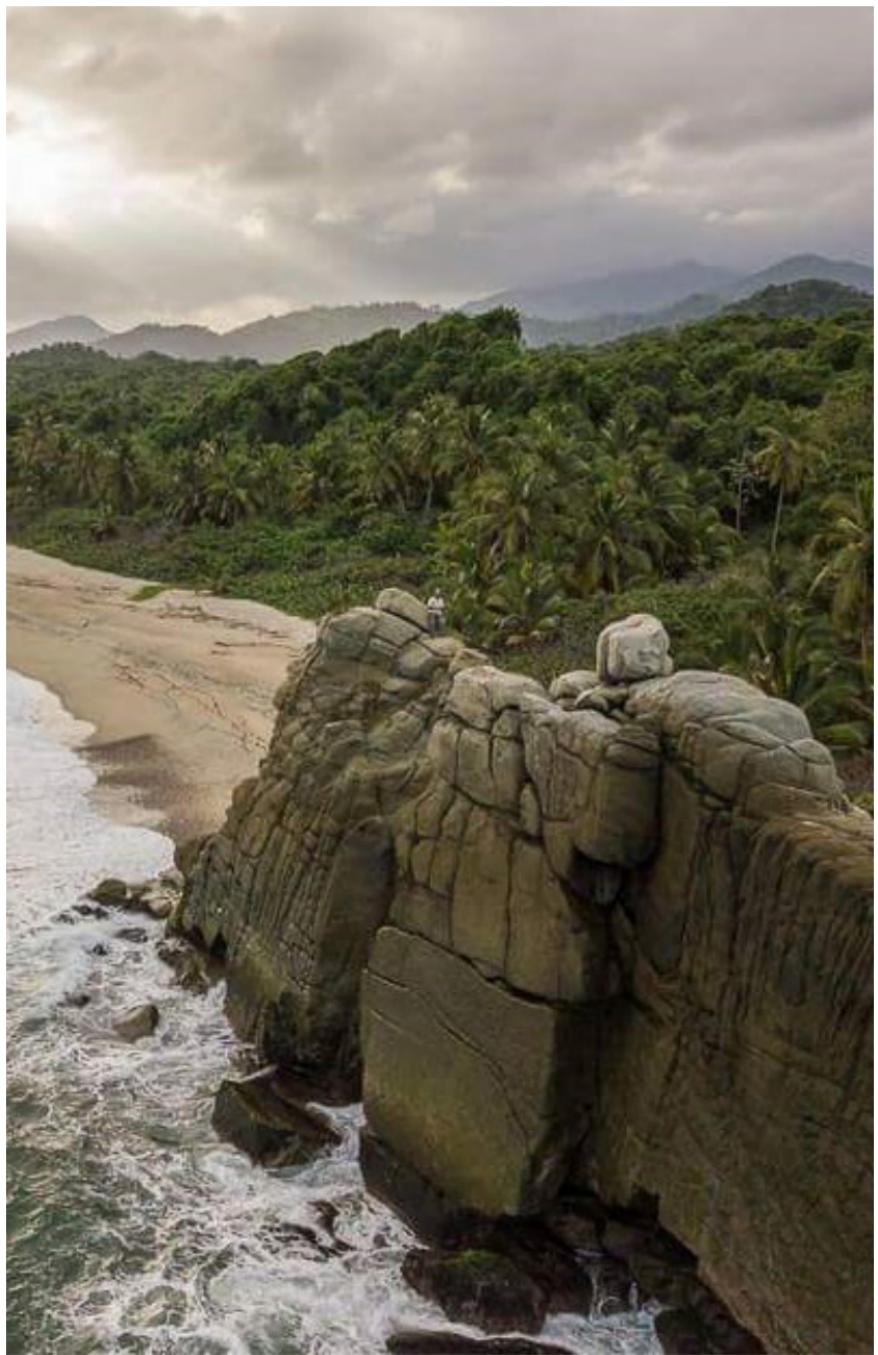
Abrió el papel arrugado en su mano. 01...53...32...

—¿Serie?

—58

—¿Con qué lotería?

—Cundinamarca, no...Santander, no... Muerto es cruz: anote con la Cruz Roja.



Zona Marino-Costera  
Fotografía: Jairo Cáceres.



Fotografía: Eileen Álvarez.

## **En aquel patio**

Mayra Cristina Zabaleta Ramos<sup>10</sup>

Al final de la tarde, cuando la temperatura bajó un poco, los niños del barrio se reunieron a jugar como siempre en el patio. ¡Era el mejor patio de la cuadra! decía todo el combo de ocho niños entre los siete y los nueve años. Mientras jugaban con la pelota, uno de ellos le pegó tan fuerte que terminó lanzándola al patio del vecino, así que corrieron y se subieron a un árbol de mango para ver dónde había caído. Sus ojos no daban crédito a lo que habían descubierto: una niña estaba amarrada a un árbol. Se notaba maltrecha, muy delgada y extremadamente triste. En el barrio todos se conocían, pero a esa niña era la primera vez que la veían.

La niña yacía dormida junto al árbol. Una mujer salió de la casa. Era una señora que en el barrio todos llamaban Anita. Era del interior del país y llevaba unos tres años viviendo en el pueblo. Los niños quedaron sorprendidos, ya que esa casa siempre estuvo abandonada y la tal Anita vivía en la casa de al

---

10. Contratista, Facultad de Ingeniería, Universidad del Magdalena.

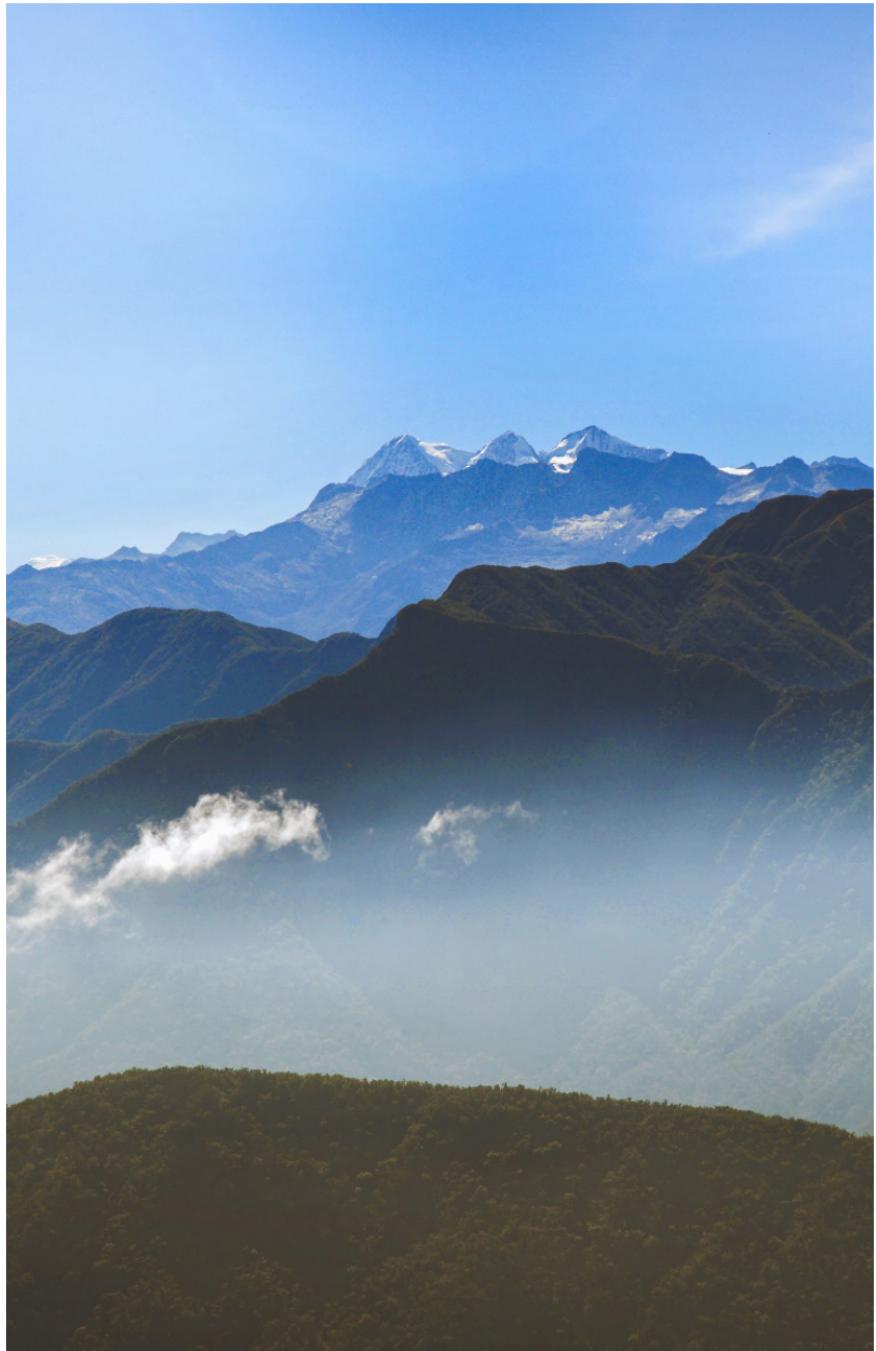
lado, no en esa, y siempre había vivido sola... al menos eso creían todos.

Los dueños de la casa donde jugaban los niños se extrañaron del silencio tan prolongado, así que Francisco, el padre de Aníbal, fue a darse cuenta de lo que pasaba. Les pidió que bajaran: ¿Qué les pasó? Aníbal le contó. ¿Están seguros de lo que vieron?, ¿seguros de que era la señora Anita?

Francisco decidió entonces ir a la casa abandonada. Su hijo Aníbal lo siguió sigilosamente.

Al llegar tocó varias veces; luego con un pequeño empujón la puerta se abrió. Todo estaba muy oscuro, así que encendió el foco de mano que había llevado. Olía mucho a humedad, no había casi muebles, salvo un reloj antiguo detenido a las tres en punto y un par de mecedoras. Se encontró con una puerta que tenía dos trancas atravesadas con candados en las esquinas. Tenía escrita la frase *¡Nada es lo que parece ser!* Francisco de inmediato decidió no seguir, pero ya era demasiado tarde: la puerta se abrió y de la nada salieron unos brazos con dedos largos y esqueléticos que lo rodearon y lo absorbieron.

Aníbal corrió horrorizado. Nunca encontraron a Francisco ni había rastros de la niña ni de la señora Anita. Aníbal perdió el habla desde aquella noche y lo que se sabe de la historia es por los dibujos que él hace de aquella noche y de aquel patio.



Sierra Nevada de Santa Marta  
Fotografía: Tatiana Mahecha.



Fotografía: archivo fotográfico de la Editorial Unimagdalena.

## **El hombre de las mil y una palabras**

Gustavo Adolfo Candanoza Cuesta<sup>11</sup>

Me he encontrado otra vez con el hombre que grita por las calles. Parece un frustrado alquimista con la barba larga y descuidada y los ojos desorbitados. Frota con angustia y revisa desesperadamente no sé qué clase de adminículos. Se me parece mucho, es una de las pocas cosas que recuerdo del bachillerato, al sujeto de una imagen que el profesor nos mostró un día en el húmedo salón de literatura; un hombre de rostro desencajado que mostraba en su mirada todo el horror y la fascinación de los que era presa, como si guardase en su interior, sin querer ni poder desligarse de ella, la irremediable causa de su angustia.

Mientras camino de regreso a casa, intento interpretar lo que el hombre dice, pero me es difícil, en parte debido a la inclemencia del sol que ofusca mis sentidos, y porque el hombre salta de un tema a otro, al parecer, sin ninguna relación.

---

11. Egresado, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Magdalena.

Son muchas las cosas que se dicen de él. Que cuando era niño su familia tuvo que salir corriendo a medianoche de la parcelita; que su padre, que se llamaba Hermes y que era el mensajero de los grupos subversivos de esa zona, desapareció; que su madre se desentendió de ellos; que el hombre, aunque habla de libros y los cita en sus «discursos», no sabe leer; otros dicen que sí, solo que lo hace al revés. No imagino cómo alguien puede leer poniendo el texto de cabeza.

Aún no tiene sobrenombre; mi mamá le dice «el hombre de las mil y una palabras».

Por las parafernalias que hace, los más observadores son capaces de anunciar cuándo está a punto de empezar su «discurso»: se frota las manos con ansiedad, inclina y levanta la cabeza una, dos y tres veces, como las gallinas cuando toman agua; luego se le congestioná el rostro y entonces empieza a gritar.

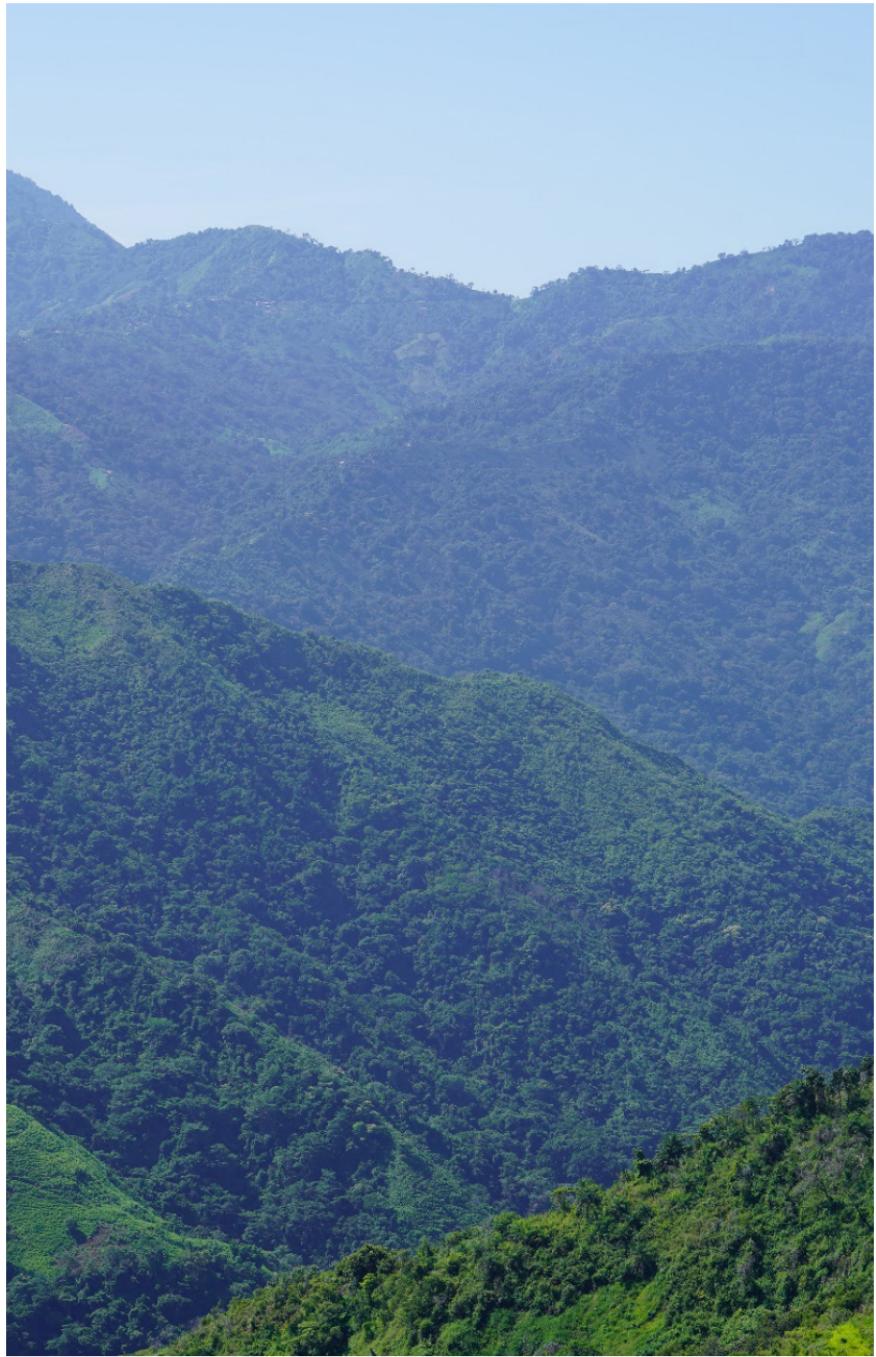
Aunque el hombre ha sido un ser pacífico y servicial, últimamente ha tenido una actitud agresiva con ciertas personalidades del pueblo. El sacerdote, el alcalde y el jefe de policía. Cuando los ve, se les acerca parsimoniosamente, con rostro amable y sonrisa ingenua a la que le faltan algunos dientes, para dispararles su palabrería repentina y bruscamente. Claro, al principio esta estratagema le funcionó varias veces, pero ya las víctimas de su filípica están prevenidas y, cuando lo ven venir, se dan sus mañas para escamotearse.

Es muy común que pase algunos días encerrado. Vive solo en un oscuro caserón que se cae a pedazos

y que él mismo «remienda», olvidado por sus hijos y demás familiares. Toma descansos obligados cuando la voz ya no le da más o cuando tiene que hacerle algún tipo de arreglo a su casa, pero, una vez resueltos estos asuntos, vuelve a la actividad que lo ha caracterizado desde hace algunos días: pararse en las calles y vociferar. Cuando lo hace, sus palabras ocupan todo el espacio, se diseminan, caen como lluvia menuda que hostiga a los adultos, pero hace saltar de felicidad a los niños; salen de su boca como un torrente impetuoso. De repente, guarda silencio, entonces los niños se le acercan para entablar con él toda clase de conversaciones.

A veces quisiera acercármel y preguntarle cuándo empezó a dolerle, cuándo empezó a sentir la necesidad de pararse en las calles y gritar todo eso que grita, de emprender esa vergonzosa y solitaria tarea. ¿Acaso alguien lo escucha?, ¿alguien comprende lo que dice? Tal vez lo hace por necesidad, para calmar su dolor.

El fuego que provocan las palabras.



Sierra Nevada de Santa Marta  
Fotografía: Jorge Elías Caro.



Fotografía: archivo fotográfico de la Editorial Unimagdalena.

## Cincuenta

Hugo Carlos Pérez Meriño<sup>12</sup>

Sekuney es una niña indígena de doce años. Todos los días se levanta bien tempranito, agarra su mochila, sacude sus botas pantaneras, agarra su mulo Simón y emprende el camino de dos horas hasta llegar a su escuela. En el trayecto, Sekuney piensa y piensa en las innumerables particularidades que tiene el caserío. Al son de los pasos marcados por Simón, se adormece y se deja llevar por el vaivén de los primeros cantos de tucanes y guacamayas. Con la mano en el mentón no termina de pensar, pensar y pensar.

En un santiamén tiene los primeros rayos de luz que le secan la llovizna de la mañana. Intenta mirar el reloj, pero recuerda que las horas comienzan a sufrir un abrupto cambio apenas se va acercando a su escuela, y los primeros signos de aquellas particularidades que la tienen pensando a toda hora se van notando cada vez más. Sekuney hace memoria

---

12. Egresado, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Magdalena.

y recuerda el día en el que le preguntó a su profesora por qué solo podían contar del 1 al 50, si ella una vez leyó que los números eran infinitos, y que por más que pudiera contar y por más cuadernos que pudiera tener, no podía escribirlos todos y más si se le cansaba la mano tan rápido, como le sucedía al llegar al 50.

Ella quería saber también por qué el reloj de su salón marcaba cincuenta minutos y por qué los segundos también estaban recortados, si ella escuchó en el viejo radio de su papá a un señor decir que las horas tenían 60 minutos y que los minutos tenían 60 segundos. Y sin dejar responder a su maestra, también preguntó por qué en el calendario de su salón los meses tenían 50 días y si en el celular de su hermano mayor decía que se componían de 30 y 31 días, e incluso uno llegaba a tener 28 o 29 días, según el año fuera bisiesto; en fin, ella no había entendido muy bien lo que su hermano le trataba de explicar acerca de un año en el calendario en específico.

Y eran tantas las preguntas que no dejaba a su maestra responder. También le preguntó por qué los libros en la biblioteca de su escuela tenían apenas 50 páginas, si a su primo Sarawey le habían comprado una cartilla que tenía 80 páginas con cuentos y dibujos.

Cuando por fin dejó de preguntar, su maestra le respondió.

—Vivimos en el Cincuenta, donde las horas culminan a los cincuenta minutos, donde los libros tienen cincuenta páginas, los calendarios marcan los meses en 50 días, donde apenas caen cincuenta gotas cuan-

do llueve, donde solo se cumplen años hasta los cincuenta y donde todos los alumnos solo cuentan hasta este mismo número.

Sekuney, al escuchar a su maestra, le dijo.

—Maestra hoy le traje una información sobre el número cincuenta. Lo leí y me intrigó lo que dice al respecto. Tenga, lea y compártalo a todos mis compañeros.

La maestra leyó en voz alta:

*El cincuenta (50) es el número natural que sigue al cuarenta y nueve y precede al cincuenta y uno. En la numeración romana se representa con una L. Es el número más pequeño que se puede expresar como la suma de dos cuadrados de dos formas distintas:  $50 = 1^2 + 7^2 = 5^2 + 5^2$ . También es la suma de tres cuadrados:  $50 = 3^2 + 4^2 + 5^2$ .*

Sekuney recuerda que ese día todos sus compañeros de salón se animaron a investigar más sobre el cincuenta. Incluso varios se atrevieron a buscar otros números y ya no solo contaban hasta cincuenta: conocieron el 60, 70, 80, 90, 100... y cuando se dieron cuenta había números tan enormes que ni siquiera podían ponerlos en un reglón del cuaderno. Entre más se adentraban, más había y ya no les daba miedo salir de los límites del cincuenta.

Se atrevieron a ir más lejos y por fin en la vereda los relojes dejaron de marcar incompletos, los calendarios comenzaron a florecer con sus meses, ya se podía cumplir años después de los cincuenta, ahora la lluvia no

traía solo cincuenta gotas y los libros dejaron de tener tan pocas páginas que la biblioteca también se atrevió a contar más del cincuenta.

De repente, sintió que se detuvo y era Simón que se frenaba. Ya había llegado a la escuela, donde por fin pudieron superar las adversidades que les habían dejado quienes los obligaron a contar solo hasta el cincuenta.

Suspiró Sekuney al bajarse de su mulo Simón.



Sierra Nevada de Santa Marta  
Fotografía: Jorge Elías Caro.



Fotografía: Jairo Cáceres.

## **La niña que peinaba el sol**

Michael Hernández Bolívar<sup>13</sup>

—Circundante.  
—Rombo andante.  
—Elefante.  
—Megalomaniante.  
—¡No! ¡Perdiste! Esa palabra no existe. —Le refunfuñaba la otra.

—No importa, lo que cuenta es que termine en «ante» —dijo Rina—. ¡Ah, mira! Otra palabra: Terminante. —Se rio en voz baja.

Sollozada y con especial rabia, agarró sus juguetes, se retiró del patio y, mordiéndose entre dientes, dejó a Rina sola, jugando su estúpido juego de palabras continuantes.

Almirante.

Elegante.

Atrapante.

Cavilante.

---

13. Egresado, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad del Magdalena.

A Rina le resultaba gracioso y casi que maníático hablar con rima.

Había dejado de ir a la escuela ese mismo año, desde la muerte de su vaca Pletonia. Sus padres estaban en quiebra y la oficina de correos ya no funcionaba igual desde que la gente dejó de ver el sol. Cada mañana, Rina, que solía despertarse primero que los gallos, miraba desde su ventana preguntándose si quizás Pletonia se había ido con la luz.

Su bella planta de girasol ya no alumbraba como antes y los pajaritos que adornaban sus vestidos de tela se habían ido a buscar calor detrás de las montañas. Cuando les preguntaba a sus padres por el último rayo de luz que cayó en sus tejados, ellos solo podían responderle con rimas, para que no perdiera la cordura de su espíritu; su madre, quien era la más experta en el tema, le cantaba siempre a la hora del baño.

Pero, aun así, en el pecho de Rina seguía creciendo como la miel su congoja.

Era la primera vez que el sol, triste por la falta de amor de sus coterráneos, había decidido irse sin dar aviso. La gente del pueblo, incluyendo los más veteranos, no imaginaron que se fuese a ir tan pronto. La luna empezaba a cansarse de que la miraran siempre con recelo a la espera de que detrás de su cara volviera nuevamente el sol.

Mientras los días pasaban y la luna se movía de un lado a otro escondiéndose en grandes nubes, todos salían y miraban el basto océano. Algunas mujeres de

manos esponjosas y pelos de color carmesí decían que habían visto al sol ahogarse en las profundidades.

Todos lloraban sin dejar caer una gota en la tierra, pues no querían que el agua estancada de las lágrimas, que no se evaporaban, delataran el sentimiento ante los más niños y entonces lloraran tanto que llegaron a ahogarse.

Pasaban los días y ya la luna empezaba a mostrar su cara oculta para ignorar las miradas perdidas de los ancianos y así iban pasando los meses.

Un día, Rina, quien vio cómo la luna empezaba a cambiar de cara, tuvo la osadía que da la infancia y le pidió el favor de ayudarle a encontrar a Pletonia; le explicó que, con la ida del sol, su tierna vaca escocesa se había perdido en medio de tanta oscuridad. A lo mejor ya se había convertido en una ballena de tanto comer. La luna, asombrada por la inocencia de su petición, le propuso ayudarle en su favor, siempre y cuando ella también le pudiese colaborar con algo.

Asombrada.

Enamorada.

Alborada.

Cautivada.

Así recitaba la niña cuando escuchó que podía recuperar a su vaquita.

—Dígame usted nada más, misteriosa confidente.  
¿Cómo puedo yo ayudar? —le dijo Rina.

—Es fácil, cautivante muñeca. Solo debes tratar de estar lista cuando yo te decida buscar —le confesó la luna.

—¿Y Pletonia? ¿Cuándo la podré acariciar?

—La observarás todo el día pastar y ella te recordará, cuando con tus brazos le avises la hora de descansar; pero primero le diré al señor sol lo que quieras encontrar.

Rina, quien no podía contener la emoción, esa noche se fue a su casa y durmió abrazada a su cobija de felpa. La alegría fue tan fuerte que en medio de su júbilo se ahogó tan profunda en su sueño que no despertó más.

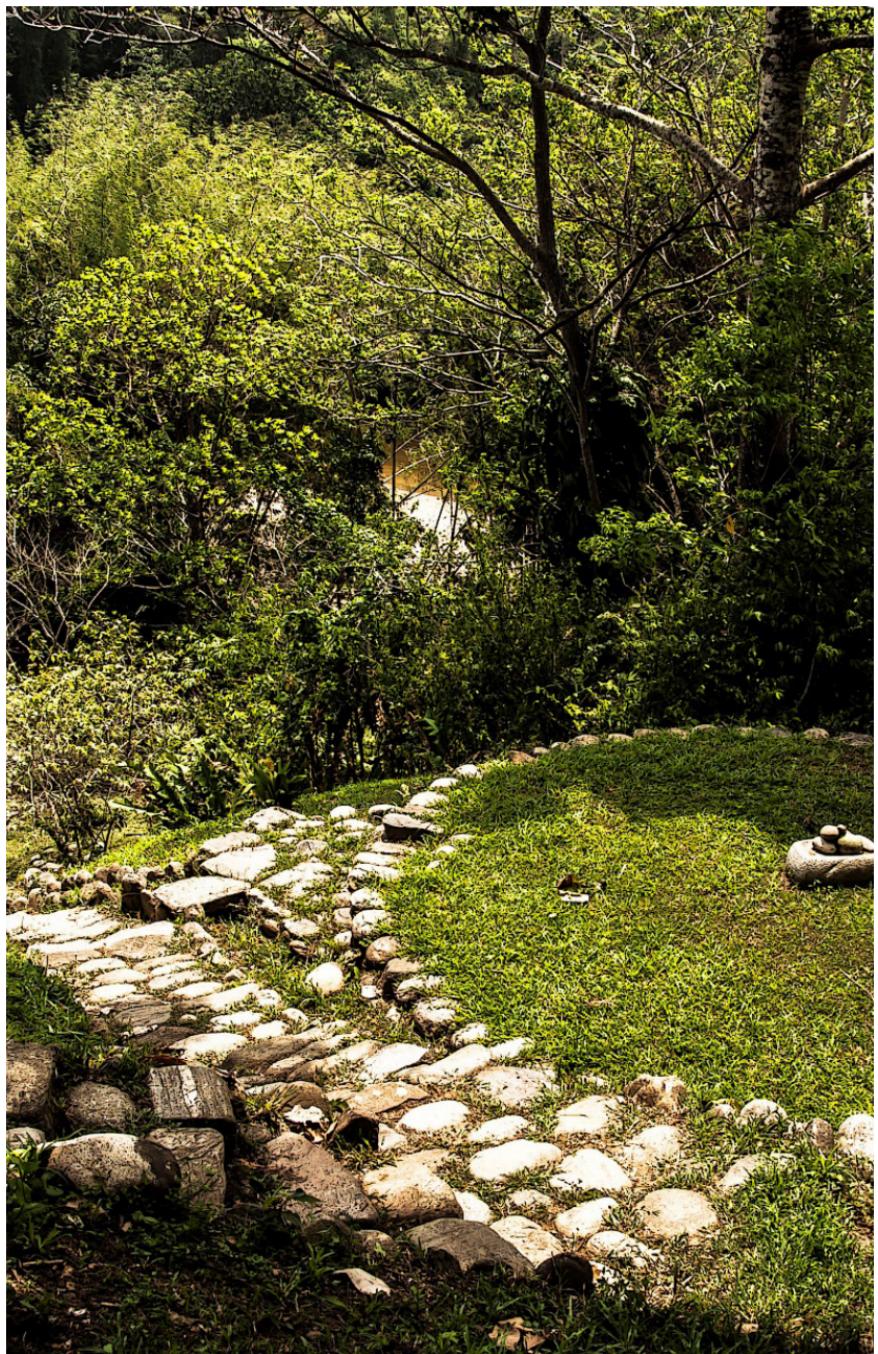
Pletonia volvió.

El sol la encontró.

Y ella veía desde las alturas cómo su robusta vaca brillaba como un cometa.

La gente del pueblo volvió a amar. Estaban felices por ver cómo cada amanecer el basto océano escupía al sol reluciente y con ganas de alumbrar.

Y Rina ahora se levantaba antes de que el sol le avisara despertar, y con sus manos de inocencia lo peinaba tan tiernamente, para que sus rayos llenaran de amor a la gente. Por las tardes, cuando se aburría de jugar con Pletonia, salía corriendo y rimaba desde las colinas de las nubes que cargaban agua, y le cantaba a la luna frases que ella sabía que rimarían. Y en el pueblo la veían y le decían «Rina, no bajes de allá, por favor, sigue peinando al señor sol».



Sierra Nevada de Santa Marta  
Fotografía: Fernando Cano Busquets.



Fotografía: Jairo Cáceres.

## **El origen del sonido**

Alix Vanesa Carrillo Rodríguez<sup>14</sup>

A principios del año 2011 ingresé a estudiar en la Universidad del Magdalena. El bus me dejó esa mañana en el andén de la entrada. No sabía por dónde empezar. Quería devorarme el lugar, pero decidí ir a donde mi instinto me llevara. A lo lejos se escuchaba un estruendo, como un sonido seco que se mezclaba con el viento, mantenía un ritmo y luego fue acompañado por otros sonidos más fuertes. Decidí caminar hacia allá. Era un trayecto más o menos largo desde la entrada hasta el sitio. Me percaté de que el lugar tenía forma como de un hemiciclo; pasé por la puerta que estaba entreabierta y encontré el origen del sonido. Me senté en las sillas azules para escuchar eso que retumbaba en mi corazón y hacía pum pum pum. Las personas que tocaban ese instrumento le llamaban «El Llamador», una mezcla de energía africana que era evidente en su sonido. También estaba a su lado «El Alegre» y «La Tambo-  
ra»: entonaban una canción que decía «habla con la

---

14. Egresada, Facultad de Humanidades, Universidad del Magdalena.

luna (*el pescador*) habla con la playa (*el pescador*) no tiene fortuna, solo su atarraya». Pasados unos minutos me señala la cantante del grupo y me invita a participar del ensayo; a lo lejos unas personas estaban riéndose, yo sabía que se trataba de mí, sentí vergüenza, ¿cómo era posible que fuese convocado para acompañar esos sonidos? Disentí y agradecí, ya iba tarde a mi primera clase de pregrado.

A la mañana siguiente nuevamente escuché el sonido. Me dirigí al hemiciclo, pero esta vez había muchos bailarines que contorsionaban sus cuerpos inspirados en el sonido del tambor, movían sus manos, la cabeza, los pies, sus caderas; me dieron muchas ganas de bailar, lo confieso. Estaba emocionado porque esta vez sí participaría. Me dieron una parte del espectáculo y empecé, pero no pude. Algo en mí concebía como contranatural ese tipo de sonido. Me aferré tanto a la idea de poder acoplarme al grupo, pero lo que salió de mí eran unas simples notas agudas sin forma.

Se me acercó uno de los músicos y me dijo:

Tú no perteneces a este lugar, a este grupo, y esta música no es para ti.

Si yo estaba nervioso no se imaginan cómo estaba mi compañera: las manos de Lupe estaban heladas, sudaba frío, seguramente por eso salimos corriendo con la finalidad de no regresar más.

Un día, estudiando encima de la cama, me quedé dormido y me sumergí en un sueño profundo. Recuerdo que me miraba en el espejo, observaba tantas formas en mí, orificios, botones y escuchaba un armonioso so-

nido como de *jazz*, *blues* y *bossa nova* que salían de mí. Lupe estaba buscando el estuche para guardarme, o eso creí, pero lo que pasó fue sorprendente. Me tomó con sus manos, me llevó hasta su boca y empezó a tocar algo que le salía del corazón.

Desperté y analicé el sueño. Lupe fue la que me dio vida, ella es la que puede mostrarme la música que quiero tocar, es la que debe abrir su mente y empaparse de su cultura. No puedo ser yo, que vengo desde muy lejos y con otros géneros musicales en mi cabeza, el que de un día para otro intente tocar algo que no escucho sino hasta ahora.

Luego de salir de clases pasábamos por el lago y a lo lejos volví a escuchar el sonido del tambor. Lupe me llevaba en su espalda, por lo general nos sentábamos en el pasto a tocar un rato, mi corazón latía cada vez más rápido y sentí el impulso de moverme hacia ese lugar. Logré empujar a Lupe y ella se dejó llevar. Pasamos por la cafetería y todo el mundo nos miraba raro, algunos se reían por la forma como se doblaba el cuerpo de Lupe. Logramos entrar al hemiciclo y, como si estuviéramos conectados el uno al otro, ella me sacó del estuche y se puso a tocar. Esa tarde interpretamos cumbias, bullerengues, puyas y estaba tan alegre que no me dio vergüenza aceptar que apenas estaba aprendiendo. Sin duda alguna la música tiene una magia para unir los corazones de todas las personas alrededor de un solo propósito, el de ser felices.

Pasaban los días entre las clases de pregrado y las clases de música caribeña. Para Lupe fue complejo al

principio, pero admiraba su perseverancia y las ganas que le ponía a cada lección. Mejoraba cada día y por eso en algunas presentaciones nos permitían sonar solos en medio de los espectáculos. Mis llaves ya no se sentían oxidadas, pasé muchos días fuera de ese estuche y era muy feliz.

El día que participamos en el Festival Nacional de la Cumbia fue inolvidable. La vida de un instrumento de viento usado para tocar música jazz cambió: llegó a estas tierras costeras a nacer de nuevo, a encarnar en una costeña... un saxofón que aprendió a sentir en sus llaves y en su campana la vibración de la música folclórica y que no se detuvo hasta lograr ser parte, por fin, de la Tambora de la Universidad del Magdalena.



Plato, Magdalena. Río Magdalena  
Fotografia: Jairo Cáceres.



Fotografía: Andrés Montes.

## **Maldición de sapo**

Yenny Rocío Blanco Buitrago<sup>15</sup>

*Al capitán Madero.*

Esa noche ella contó cómo los sapos le salían de su cuerpo por todos lados, por los oídos, por la boca... Hasta uno se asomó por un ojo y luego se escondió rápido. Habló del temor que le daba que todos esos sapitos adentro, cuando no tuvieran qué comer, se la comieran a ella. Los alimentaba a diario. Leyó que a ellos les gustaban las moscas, los gusanos y las arañas, y en las mañanas se dedicaba a cazar moscas, recolectar gusanos y pequeñas arañas. Al medio día comía lo que recogía y entonces quedaba tranquila de que tuvieran su alimento. Al parecer, los sapos que salían era porque su cuerpo les daba lo suficiente y volvían a su estado natural.

Tener la maldición del sapo no era fácil, ya que solo podían sobrevivir las personas que eran pacientes y aprendían a quererlos; había que amarlos

---

15. Docente, Facultad de Ingeniería, Universidad del Magdalena.

y sentir por ellos lo que ellos sentían por su hospedador. Los que se angustiaban tanto y no entendían qué significaba ese lazo condicionante entre los sapos y el que los tenía adentro, morían de mera preocupación.

Ella, después de hablar y expresar todo esto, salió de la habitación de su papá: él llevaba años que no hablaba y ella buscaba la forma de quitarle una maldición que llevaba encima. Esa decisión la llevaría a una peor. Sabía que pronto todo cambiaría en su vida: le saldrían patas de sapo, piel y cuerpo de sapo y tendría que ir a un charco cerca del río Manzanares a vivir hasta que apareciera un hospedador, uno que quisiera quitar una maldición y como ofrenda diera su cuerpo.



Río Magdalena  
Fotografía: Pedro Noguera.

## **Microcuentos**



Fotografía: Jorge Elías Caro.

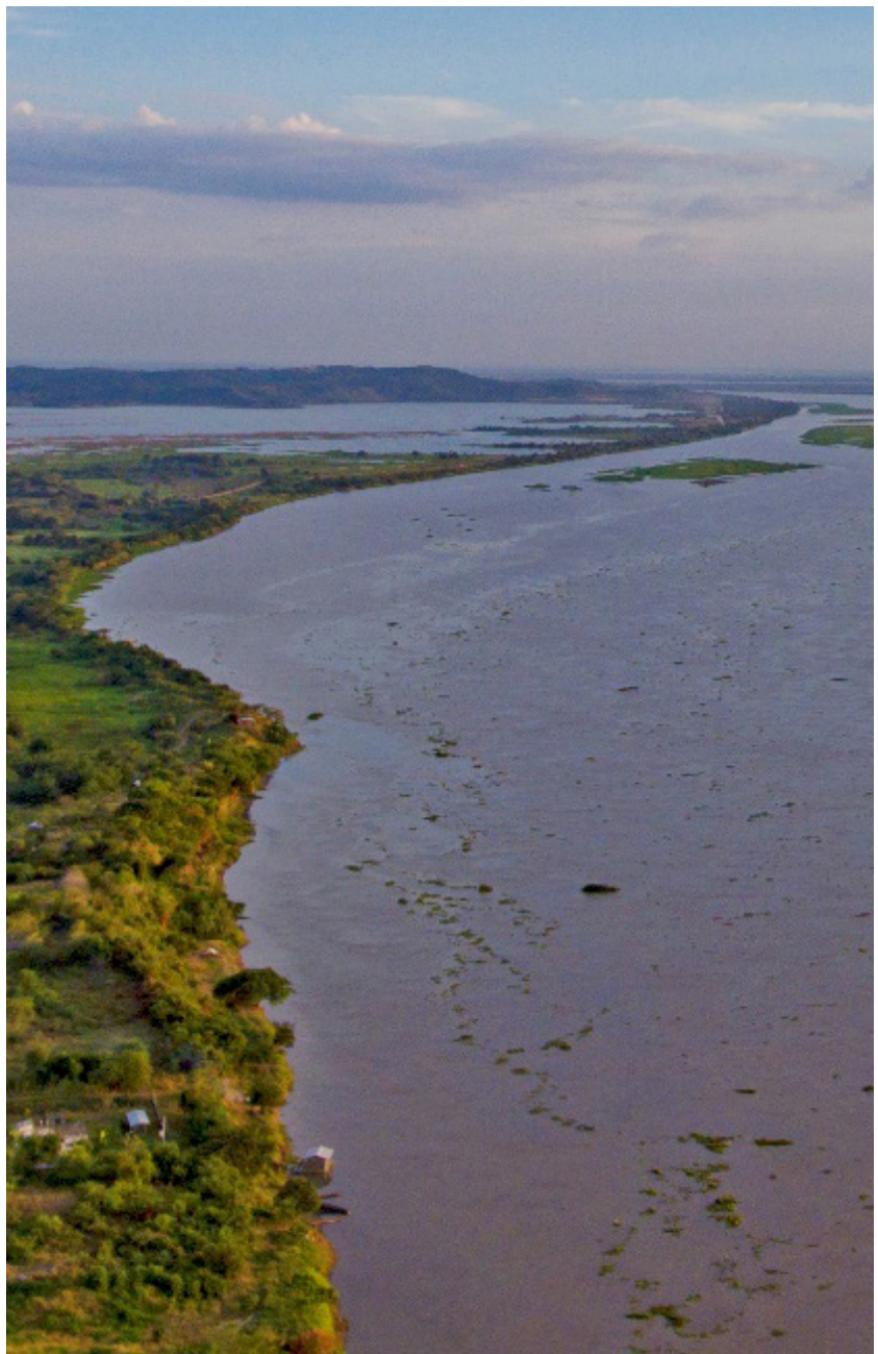
## **Alma rota**

Martha Inés Herrera Velásquez<sup>16</sup>

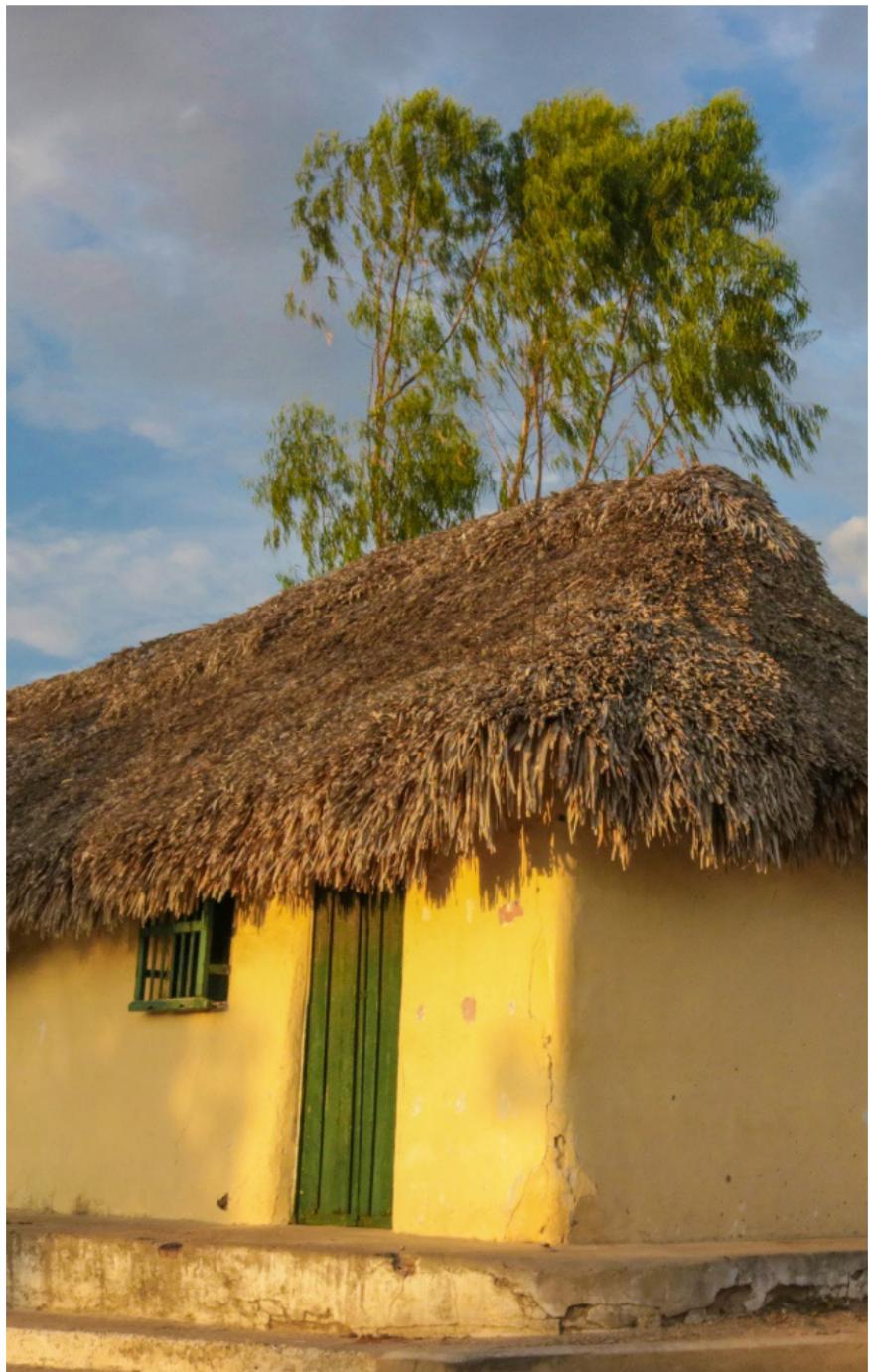
Él aprovechó el calor de los tragos para seducir a su cuñado. Ella tomó entre sus brazos a sus dos pequeños hijos y se marchó de casa, sin mirar atrás.

---

16. Estudiante de posgrado, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Magdalena.



Río Magdalena  
Fotografía: Jairo Cáceres.



Fotografía: Pedro Noguera.

## **La casa amarilla**

Lina Marcela Martes Castro<sup>17</sup>

Algo tenía ella que me miraba con ganas de contarlo: se había ingeniado formas para desnudarse. Un lunes se me pinchó la llanta justo al frente de su terraza. El miércoles el sonido de unos disparos interrumpieron mi sueño y mis ojos la estaban viendo: ese color amarillo se intensificaba con el sol; estaba sola, al menos eso veía yo. El viernes la lluvia trajo un rayo sobre su techo de paja y mostró en medio del fuego su profundo secreto; esa fue solo la excusa que buscó Dios para bajarnos del carro e ir a ver la sorpresa que nos dejaría a todos boquiabiertos. Había una mujer dormida que había dado a luz en medio de la nada, en esa casa amarilla, inhóspita y desolada.

---

17. Egresada, Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad del Magdalena.



Río Magdalena  
Fotografía: Jairo Cáceres.